

# Arrepentimiento y plegaria pidiendo purificación - Salmo 51

---

## Quebrantamiento y perdón

Algunos se sienten culpables, otros no. Algunos son responsables de una atrocidad y eso no les molesta, otros se atormentan por fallos imaginarios que sólo responden a los parámetros de una educación moral excesivamente estricta. Los que trabajan con niños soldado de África, esos que con catorce años han aprendido a matar a sangre fría, aseguran que lo más difícil es lograr que su conciencia se active. Durante años les han drogado. Algunos han matado a su propia familia. Otros han violado, o han amputado miembros a machetazos. Ya no sienten nada. ¿Cómo hacer que sientan algo de remordimiento? ¿Y cómo ayudarles luego a tratar un sentimiento de culpabilidad ahora despierto, pero antes dormido durante tanto tiempo?

Otras personas han vivido una experiencia de tipo “trágame tierra” y quieren salir corriendo con la cara tapada o esconderse debajo de la cama. Lo que agobia es la vergüenza, hacer el ridículo delante de todo el mundo, para que durante días te vayan señalando con el dedo: “sí, sí, ha sido él o ella”. Pero en este caso se trata de tonterías, no de crímenes.

¿Qué hacemos con el sentimiento de culpabilidad? A veces es un malestar totalmente correcto. A veces hemos cometido un error que claramente a todas luces está mal. Nos sentimos culpables porque lo somos de verdad. El sentimiento responde a algo dentro del ser humano, un dispositivo moral que empieza a pitar cuando hacemos algo que no debemos. Algo así como la lucecita en el salpicadero del coche cuando no has abrochado el cinturón de seguridad. El fenómeno se da en todas las culturas del mundo, y todas las religiones del mundo tienen sus fórmulas para aliviar el sentimiento de culpa.

El hecho de existir un cierto consenso moral mínimo universal - de que prácticas como la esclavitud, el genocidio, el tráfico de personas, la tortura, o el abuso sexual de niños son reprobables - sugiere que la conciencia humana no es producto de la socialización. No se debe exclusivamente a una educación religiosa. Tiene que haber algo detrás, una distinción innata, un aparato ético implantado desde el nacimiento, que difiere entre el bien y el mal. Si bien es cierto que los criterios familiares y sociales influyen mucho en el desarrollo de la conciencia, para bien o para mal, la moral en sí es muy difícil de explicar sólo a base de premisas darwinistas. El fenómeno de la culpa entre todas las culturas y las distintas fórmulas para borrarla, apuntan más bien a la existencia de una verdad universal y objetiva, una verdad con matices éticos. Se trata de una sola verdad envolvente, que distingue entre el bien y el mal en todas las esferas: las ciencias, las matemáticas, y las humanidades. No se puede separar hechos científicos de valores éticos, porque todo forma parte de una misma Realidad.

También existe una culpabilidad falsa. Uno se siente culpable porque así le han enseñado, pero el remordimiento no encaja con una moral objetivamente superior. La esposa se siente culpable si se marcha de casa sin haber recogido la cocina, porque así le enseñó su madre. Un hombre se siente culpable si no se afeita por la mañana, porque su padre le enseñó que la barba de tres días es cosa de holgazanes.

A veces uno se siente mal por una percepción deformada de las cosas. Haría falta un mayor grado de objetividad, ver el asunto con otros ojos. Una joven sufre por la separación de sus padres, y se siente culpable de ello. Si hubiera hecho algo diferente, si se hubiera portado mejor, si hubiera estudiado más, entonces sus padres no habrían

discutido tanto. ¿Pero es esta joven culpable de la decisión de ellos? O ha muerto un hermano, o un hijo. ¿El que sobrevive tiene la culpa de ello? Si hubiera llamado al médico a tiempo ¿eso realmente habría cambiado la situación? El cónyuge ha perdido su trabajo. ¿Ha sido por culpa del otro? A veces nos cargamos de losas enormes que condicionan el resto de nuestra vida, cuando un análisis frío desde otra óptica demostraría que no se trata de una culpabilidad, sino al devenir de circunstancias fortuitas.

Por eso nos ayudan los salmos. David vivió casi todas las experiencias que pueden tocar en la vida humana. Sus canciones nos ayudan a distinguir entre un sentimiento falso de culpabilidad y la culpa verdadera, y nos enseñan qué hacer cuando hemos fallado de verdad. Los salmos responden a la visión bíblica de la ética, afirmando que existen normas objetivas de bien y de mal (como los Diez Mandamientos) que rigen sobre todas las personas del mundo. No son los dictados arbitrarios de un déspota celestial, sino principios que manan del carácter de un Dios que es bueno y sabio. La moral bíblica tiene sentido porque la realidad funciona de una manera y no de otra. La conciencia de todas las personas -de todas las etnias y en todos los lugares- es un reflejo más o menos fiel de esas normas objetivas, porque cada ser humano lleva la imagen y semejanza del Dios creador.

Después de perder a su esposa Mical, la hija del rey Saúl, David pasa un tiempo huyendo en el desierto. Es una época de privaciones y sufrimiento. Luego otra mujer, Abigail, le devuelve la alegría. Después de la muerte de su marido Nabal, Abigail demuestra tener un corazón sensible al Señor como nunca tuvo Mical. David se casa con ella y viven felices un tiempo. Luego, después de ascender al trono, David toma otras mujeres y concubinas. Parece que está buscando ahogar sus penas en el amor. El abrazo le permite olvidar la dureza de la vida diaria.

David da el batacazo cuando espía a una chica hermosa bañándose al aire libre. La invita al palacio, entre una cosa y otra conectan, y Betsabé se queda embarazada. Ha sido un lígüe rápido, un entendimiento físico más que otra cosa. El gran problema es que ella está casada con un soldado del ejército de Israel. David se las arregla para deshacerse del marido: manda al comandante de la tropa que deje solo a Urías en la batalla, para que lo maten los enemigos. David es autor intelectual del asesinato, aunque los autores materiales son los amonitas.

Adulterio, mentira, robo, homicidio, codicia. David ha violado todos los mandamientos de Dios y parece que no hay consecuencias. Parece que la maniobra encubridora ha funcionado, hasta que llega el profeta Natán con un mensaje del cielo, diciendo que el Señor lo ha visto todo y no piensa dejarlo pasar.

David se quebranta del todo y plasma su arrepentimiento en el Salmo 51. Es un salmo que nos ayuda a descubrir el arrepentimiento correcto cuando hemos tropezado de verdad, como también a comprender el medio que permite que Dios otorgue su perdón. Dios no puede perdonar así por así, sin perder la esencia de su carácter santo. Tiene que haber un sistema que una las demandas de la justicia eterna con la necesidad de un pecador sinceramente dolido. Será la realidad espiritual latente en la antigua ceremonia para la purificación del leproso y luego manifestada en Jesucristo. Pensando en la sangre del sacrificio, David clama *“purifícame con hisopo”* (**Sal 51:7**). Cuando preguntan a Jesucristo cuál es el mandamiento más importante de todos, les contesta que son dos: amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a ti mismo (**Mt 22:37-39**). Si este es el gran mandamiento, entonces el gran pecado consiste en no cumplir con el amor a Dios y el amor al prójimo. No hace falta matar, robar o adulterar. Con tener frialdad en el corazón hacia nuestro Creador, hemos incurrido en el más grave de todos los errores. Al quedarnos indiferentes frente al gran regalo que nos ha hecho enviando a su Hijo para ser

nuestro Señor y Salvador, hemos despreciado su amor. Aun el ciudadano más respetable podría necesitar el perdón de Dios. Si David pudo conocer el perdón divino en un caso tan serio (*"seré limpio...más blanco que la nieve..."*), nosotros también podemos ser perdonados en cosas menores. Las cosas nuestras suelen ser menos obvias que los crímenes de David, y por ello la nota de alivio con que termina su meditación nos consuela profundamente. Si nuestro sentimiento de culpa se ajusta a la realidad de la situación, también puede haber perdón de Dios, un perdón hecho posible por la sangre derramada del Sustituto, que es Jesucristo.

## Quebrantamiento y confesión

*(Sal 51:1-5) "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre."*

David ha llegado a la cumbre. Los años de huida y de soledad han terminado. Como rey, ha visto cumplidas todas sus expectativas: goza del amor del pueblo, de la lealtad del ejército, del respeto de los enemigos, y de la bendición de Dios. Incluso en el amor parece prosperar. Todas las puertas se le han abierto de par en par. Entonces ocurre el incidente con Betsabé.

El encuentro furtivo entre David y Betsabé nos invita a reflexionar sobre dos cosas: qué hacer con el mal que hemos cometido y, en segundo lugar, el plan de Dios para la intimidad sexual. La amonestación de Natán y el arrepentimiento de David ponen de manifiesto que ha ocurrido algo serio, que esto no tenía que haber sido así. Si lo de David y Betsabé representa un desastre (por la reacción tan fuerte del Señor), ¿qué han hecho mal? ¿En qué consiste el fallo? ¿Cuál habría sido la alternativa? Ampliando la cuestión al pecado en general, ¿cuál es la solución después de un traspie moral?

El fallo de David empieza cuando se queda mirando por la ventana. Se queda contemplando a la chica desnuda, y esto desvía su corazón. Job había dicho *"Hice pacto con mis ojos; ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?" (Job 31:1)*. La primera mirada casual no es el fallo, sino la segunda, por ser premeditada e intencionada.

Luego el rey consiente a sus instintos, se deja llevar. Llama a Betsabé y se acuesta con ella ese mismo día. No deja tiempo para que se conozcan, crezcan en amistad, se acerquen emocionalmente a todos los niveles de su ser. Es un encuentro entre dos cuerpos, no un amor verdadero. Tampoco se para a considerar si hay principios que obligan a frenar las pasiones del momento, como el compromiso del matrimonio. David y Betsabé simplemente saltan a la cama y se lían la manta a la cabeza. Los escrúpulos serán para otro día.

Luego sigue un proceso de encubrimiento del hecho: tapar el error, eliminar al marido, casarse con la viuda. La cadena de errores es inexorable: cada mala decisión abre paso a otras, hasta que llega el profeta para confrontar al rey con la enormidad del crimen.

El salmo hace alusión a varios tipos de faltas: rebeliones (o transgresiones que son fallos que se cometen a sabiendas), maldad (retorcimiento en general), y pecado (errar el blanco, quedar corto de la norma exigida). Esto sugiere que hemos de analizar aquello que pesa en nuestra conciencia, primero para discernir si es un error de verdad. Puede

que sea una expectativa puramente humana, impuesta por el condicionamiento que hemos recibido (hay que recoger la cocina antes de salir de casa) o por un desplazamiento psicológico de la culpa (afligirnos por haber tirado pipas al suelo cuando la conciencia realmente nos acusa de otro tema que no queremos reconocer). Puede que nos culpemos por algo que no hemos causado (la separación de los padres o los abusos recibidos en la infancia). A veces son acusaciones que vienen de otros, pero que no tienen fundamento real, caso de Nehemías (**Neh 6:5-8**). Hacemos bien en pedir luz a Dios, para ver si hemos fallado de verdad, objetivamente, delante de él (**Job 34:32**). No cumplir con las expectativas de otros (padres, hermanos, amigos, miembros de la iglesia) no siempre representa un pecado.

David reconoce abiertamente, sin tapujos, que ha obrado mal. Ha incurrido en pecado, maldad, y transgresión, objetivamente y delante de Dios. Este es el sentido de la palabra “confesar” en la Biblia, que significa *“decir lo mismo”* (homologó). Es decir lo mismo que Dios sobre un asunto, sobre una actuación personal. Si él dice que está mal, yo digo lo mismo: está mal. Por ello, David dice *“para que seas reconocido justo en tu palabra”*, o sea, *“para que todos vean que tú tenías razón”*. Dios dice que está mal, yo digo lo mismo - que está mal- y las personas que nos observan ven que el Señor tenía razón en su valoración de las conductas. Esto hay que decirlo sinceramente, no con la boca pequeña. David no se aflige por las consecuencias de su pecado, sino por el pecado mismo. A veces un ladrón se entristece de que le hayan pillado y tenga que ir a la cárcel, pero no se aflige por el hecho de haber robado. David tampoco se excusa señalando los pecados de los demás (habría sido fácil recriminar a Betsabé el bañarse al aire libre). No dice que todos hayan hecho lo mismo, o que la sociedad que le ha tocado vivir le haya obligado a actuar así.

David reconoce la gravedad de su pecado, como una ofensa contra Dios más que contra las personas que han sufrido (Betsabé, Urías, y el niño que muere, y el pueblo entero a que ha dado mal ejemplo). Dice *“contra ti, contra ti solo he pecado”*. También asume la variedad de su pecado: ha sido rebelión (porque sabía perfectamente que obraba mal), maldad (porque reflejaba un retorcimiento innato en su corazón), pecado (porque así quedó corto de lo que tenía ser un rey en Israel). Reconoce la continuidad de su pecado: *“en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi padre”*. Quiere decir que su propensión al mal viene de pequeño, que siempre ha sido así desde el momento de concepción en el vientre de su madre.

Hacen falta dos cosas, para que la conciencia se quede tranquila frente al pecado. Primero, hay que borrar el registro celestial del mal cometido. La palabra *“culpa”* se refiere al hecho de estar expuesto al castigo debido por una ofensa. El estafador condenado por un tribunal se enfrenta a una multa o una pena de cárcel. Aunque la sentencia no se ejecute inmediatamente, el hecho de ser culpable significa que podría ir a la cárcel en cualquier momento. Está expuesto a que le detengan y le lleven al calabozo. La palabra bíblica *“expiación”* se refiere a la borradura de la culpa. David piensa en la expiación cuando pide *“borra mis rebeliones”*.

En segundo lugar, hace falta cambiar la tendencia latente en el ofensor, para que no reincida en lo mismo. Se refiere a una corrupción interna, una propensión en el corazón, una tendencia al mal. David piensa en esto cuando dice *“lávame más y más de mi maldad”*. Insiste (así la frase *“más y más”*) porque no es fácil cambiar el corazón humano. Dios tiene que hacer un milagro para darle otra orientación, hacia el bien y no hacia el mal.

Llama la atención el hecho de que en este salmo David no emplee el nombre personal del Señor, *“Jehová”*. Le llama *“Dios”* seis veces, pero nunca le llama *“Jehová”*, porque el

pecado hace perder la intimidad con el Dios del pacto. Uno no siente su cercanía, no se goza de su amor, no se renueva con la esperanza de su cuidado. Pierde la certeza de ser oído y contestado: *“Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”* (**Sal 66:18**). Es como Jesucristo en la cruz. Cuando clama *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”*, es porque ha perdido todo el consuelo de la presencia íntima del Señor. El Dios omnipresente no ha desaparecido, pero la sensación experimental de su cuidado se ha extinguido. Así es la experiencia de David en su pecado. Esto invita al creyente a confesar sus errores rápidamente y específicamente. Primero, hay que confesarse rápidamente para no quedar mucho tiempo en la experiencia de desierto espiritual. David reconoce que sus huesos han sido abatidos (literalmente *“molidos”*). Ha habido una sequedad en el alma, una oscuridad interior con efectos físicos incluso. Segundo, conviene confesarse con Dios específicamente, porque la naturaleza de la confesión (*“decir lo mismo”*) así requiere. Una disculpa genérica (*“perdóname si te he ofendido en algo”*) no es la verdadera confesión.

El fallo de David con Betsabé tiene que ver con la relación sexual. Este salmo nos invita a meditar no sólo en el pecado en general, pero más concretamente en el pecado sexual. ¿En qué consiste? ¿Cuál es el plan de Dios para la intimidad sexual? La Biblia nos sugiere varios principios a modo de orientación:

1. Dios diseñó la relación sexual para la felicidad del hombre y la mujer. Hay que partir del hecho de una creación divina, como Jesucristo también creía y enseñaba (**Mt 19:4**). El hombre y la mujer no han evolucionado de una multitud de homínidos, sino han surgido de una creación divina, especial y personal. Las Escrituras hablan de una provisión pensada para superar la soledad de la persona: *“no es bueno que el hombre (o la mujer) esté solo”*. Adán se queda corto de palabras cuando contempla a su mujer por primera vez (**Gn 2:21-25**). Hay una fusión de almas que se expresa a través de la unión de los cuerpos. Algo bueno, algo bonito, algo que Dios ha pensado para el bien del ser humano: no sólo para la procreación de hijos, sino para reforzar la relación de pareja (**Pr 5:15-19**) (**Ec 4:9-12**) (**Cnt 5:1**).

2. El mayor disfrute sexual requiere un marco de fidelidad de por vida. Jesucristo aclara que los cónyuges abandonan el hogar paterno para formar una familia nueva. Se comprometen el uno con el otro, y después viene el privilegio de ser una sola carne (**Mt 19:5**). El plan divino gira alrededor de un hombre y una mujer, comprometidos el uno con el otro para toda la vida. Es algo que se ratifica en una ceremonia pública ante testigos, porque en el fondo el matrimonio es un pacto ante Dios (**Mal 2:14**). El plan de Dios es que la relación íntima sea la mejor posible, una auténtica explosión de fuegos artificiales, y eso sólo es posible si hay un marco de fidelidad. El sexo es entrega, y no puedes entregarte de lleno a la otra persona si sabes que mañana podría coger la puerta y marcharse. En cambio, si existe un marco de compromiso duradero y permanente -que sólo Dios puede hacer funcionar- entonces el compartir físico se torna pletórica.

3. Una relación duradera se basa en la amistad y en valores compartidos. La propuesta es que el hombre y la mujer primero sean amigos. Lo cantaban las Spice Girls: *“si quieres ser mi amante, primero tienes que ser mi amigo”*. Hay un proceso ineludible de conversación y de tiempo compartido juntos: en distintos lugares, en distintas actividades, en relación con las dos familias. En otro salmo hay una descripción de esto: *“Que juntos comunicáramos dulcemente los secretos, y andáramos en amistad en la casa de Dios”* (**Sal 55:14**).

Al crecer la amistad, cada persona descubre los valores más profundos del otro. Una relación duradera depende de valores compartidos. Un anarquista no sentirá sintonía con una monárquica. Una hippie no conectará con un ejecutivo pijo y trajeado. Un bohemio no

tendrá feeling con una chica ye-ye. El valor más importante es amor a Dios y amor a las personas. Si Dios ha cambiado tu corazón por medio del nuevo nacimiento espiritual, hay una nueva dinámica que te impulsa a vivir para él y para otros. Y querrás pasar toda tu vida con una chica que tenga la misma orientación en su fuero interno, y viceversa. No es solamente cuestión de asistir a una iglesia, sino de tener una vivencia real de Jesucristo que da sentido a todo lo que haces. Por eso Dios dice que no nos unamos en yugo desigual: si los valores son dispares, sólo acabaremos haciéndonos daño el uno al otro (**2 Co 6:14**).

4. La longevidad en el matrimonio puede -con la ayuda de Dios- proporcionar una alegría mucho mayor que cualquier relación casual. El Señor dice que te goces con la mujer de tu juventud (**Pr 5:18**), y goces de la vida con la mujer que amas (**Ec 9:9**). Esto es algo real, algo posible (a pesar de los muchos matrimonios fracasados alrededor), algo en que el Señor puede dar ayuda. Si los dos cónyuges se renuevan constantemente en Dios, van cambiando para bien. Esa transformación constante aporta chispa a la relación y mantiene a raya el cansancio y el estancamiento. La intimidad se enriquece con una historia vital compartida: luchando juntos para salir adelante, teniendo y criando a los hijos, sirviendo al Señor, cuidándose en enfermedades y todo tipo de reveses, ayudándose durante el inevitable deterioro del envejecimiento.

5. Dios se opone a los atajos porque defraudan, cuando él quiere lo mejor para ti. Las palabras bíblicas son tajantes: codiciar a la mujer de otro está mal (**Ex 20:17**). Adulterar, física o mentalmente, está mal (**Mt 5:27-28**). Fornicar -tener relaciones fuera del marco del matrimonio- está mal (**1 Ts 4:3**). Echar leña a las fantasías eróticas está mal, porque aviva el descontento y desvía los sentimientos (**1 P 2:11**) (**Ga 6:7-8**). El Señor desapruueba todas estas cosas porque complican la vida de las personas: enervan los sentimientos más nobles (que a la postre nos aportan felicidad) y avivan los sentimientos que nos hacen daño (culpabilidad, turbación, ansiedad). Provocan enfermedades, multiplican las angustias, comprometen el testimonio, en fin, acaban privándonos del regalo de vida abundante en Cristo que Dios ha preparado para nosotros.

La mejor intimidad siempre será con una persona real que comparta tus mismos valores, dentro del marco de un compromiso de por vida. Los atajos siempre defraudan al final. Son como el “pop” de un petardo mojado, en vez de la explosión gloriosa de unos fuegos artificiales en toda regla. Son como un plato de garbanzos, en vez de una comida de boda, abundante en exceso. Cuando el Señor dice a los fieles que se recreen siempre en el amor del cónyuge (**Pr 5:19**), la palabra hebrea significa “emborracharse”. El plan de Dios es que cada uno se emborrache con el amor auténtico. ¡Es la voluntad de Dios! Pero para ello es necesario rechazar el amor sucedáneo, la imitación barata.

## Consuelo por el remedio provisto

*(Sal 51:6-12) “He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido. Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente.”*

La promesa del Nuevo Testamento es que si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (**1 Jn 1:9**). Hay una promesa de que las culpas quedarán borradas. David dice “seré limpio” y “seré más

*blanco que la nieve*". La carta de Hebreos dice que Dios limpiará nuestras conciencias (**He 9:14**). La confesión es un *"decir lo mismo"* sincero, porque Dios busca una transparencia de corazón: *"tú amas la verdad en lo íntimo"*. Es una confesión a Dios, no a los hombres, porque él es el único que puede perdonar verdaderamente. Esto lo reconocían incluso los enemigos de Jesús: *"¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?" (Mr 2:7)*.

Pero Dios no perdona así por las buenas; sería una injusticia pasar por alto los fallos de unos y no de otros. Y si ignora los fallos de todos, quedaría en entredicho la distancia entre el bien y el mal. Todo daría lo mismo: matar, violar, robar, mentir. Tiene que haber una consecuencia legal inexorable, una sanción justa y correcta en todos los casos. El problema es que el mal se anida dentro de nosotros. Dios ama al pecador, pero rechaza el pecado. ¿Cómo puede hacer las dos cosas a la vez? David comprende que tiene que haber una base legal para que Dios le conceda el perdón. Por ello dice en el Salmo 51: *"purifícame con hisopo"*. Se refiere a la antigua ceremonia para la purificación de un leproso que había sido sanado de su enfermedad (**Lv 14**). Un sacerdote verificaba la curación y después tomaba un manojo de hisopo y rociaba sangre mezclada con agua sobre la persona. Esto simbolizaba una limpieza hecha posible por la sangre derramada.

La ceremonia del leproso anticipaba la sangre de Cristo derramada en la cruz. Anunciaba que la sangre de Cristo sería la base del perdón (**He 9:14**). La sangre limpia porque certifica que alguien ha *"pagado"* la muerte que la ley de Dios exige por el pecado. *"La paga del pecado es la muerte"* (**Ro 6:23**), pero el mensaje de la cruz de Cristo es que su muerte en el madero fue una verdadera sustitución. El soporta el juicio que a cada ser humano le corresponde en derecho. Cuando una persona confía plenamente en la eficacia de esa sustitución (*"Jesús murió por mí"*), entonces Dios aplica el valor de la sangre derramada a su caso, y la conciencia queda aliviada. Es como si la conciencia fuera lavada y la culpa borrada. Cuando el Señor da esa seguridad al corazón, de que Jesucristo murió por ti -por todas tus faltas- eso proporciona alegría al alma y fuerzas al cuerpo.

También hace falta el poder de Dios para dar otra orientación a la vida, y por ello David pide en oración *"crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí"*. Para vivir como debemos, para hacer lo correcto, para amar al prójimo y ser la clase de personas que Dios quiere que seamos, necesitamos su ayuda. Para lograr ese fin, Dios envía su Espíritu al corazón de las personas que han quedado justificadas por la fe en Cristo. Cuando Jesús dice a sus discípulos *"Separados de mí nada podéis hacer"* (**Jn 15:5**), da a entender que su Espíritu hará cosas de las que la persona sola no es capaz.

## Compromiso para el futuro

**(Sal 51:13-19)** *"Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti. Librame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación; cantará mi lengua tu justicia. Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza. Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios. Haz bien con tu benevolencia a Sion; edifica los muros de Jerusalén. Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto u ofrenda del todo quemada; entonces ofrecerán becerros sobre tu altar."*

Los rituales religiosos no significan nada por sí solos. Dios siempre ha buscado un corazón entregado. Cuando mandó ofrecer animales en sacrificio sobre un altar, nunca

pensaba que el rito en sí tuviera eficacia. Sólo apuntaba, cual ayuda visual, a lo que Jesucristo haría en la cruz. En el fondo, Dios busca un corazón entregado a él, que busca su voluntad, ama su palabra, vive para agradarle, y enfoca la vida como un servicio a los demás. Es el planteamiento de glorificar a Jesucristo en todos los apartados de tu vida. Como dice el salmista, *“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado”*.

La frase *“espíritu quebrantado”* no se refiere a la depresión sino a la docilidad. Dios no está buscando a personas tristes, sino personas dispuestas a dar el brazo a torcer, a bajarse del burro, delante de él. En vez de ratificarse en el plan de vida que uno ha seguido hasta ahora (lo que la Biblia describe como endurecer la cerviz), te dejas corregir por él. No te haces la víctima, pero sí te dejas conducir. No te vuelves pelele sino plástico en las manos del Señor. No llegas a ser un cero sino te ves como siervo del Dios que te ha amado: para admitir su repreensión, para alegrarte con su visto bueno, para alinearte con su voluntad.

Cuando has recibido el perdón de Dios, por medio de la fe en Jesucristo, tienes alegría en el corazón. Tienes motivos para alabar a Dios. Tienes un mensaje. David sabe que ha recibido el perdón de Dios porque escucha el mensaje de la boca del profeta Natán: *“Jehová ha remitido tu pecado; no morirás”*. El cristiano de hoy sabe que ha recibido perdón cuando confiesa su pecado en virtud de la muerte de Cristo en la cruz. La confesión sincera al Señor consiste en reconocer que Cristo murió por “ese fallo” también. La promesa del Señor es *“si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”*. Borra las culpas y dirige el camino en un sentido mejor.

Otro resultado es que te preocupas por tu iglesia local. David termina el salmo pidiendo *“Haz bien a Sion, edifica los muros de Jerusalén”*. Su preocupación es que se consolide el testimonio de la ciudad donde Dios se hacía presente. Cuando Jesús dice a sus discípulos, *“Vosotros sois la luz del mundo, una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder” (Mt 5:14)*, quiere decir que dondequiera que se reunieran sus discípulos en todo el mundo, serían como una pequeña Jerusalén. La iglesia local cumple la misma función hoy que la ciudad de Jerusalén en la antigüedad: es el lugar donde se imparte la enseñanza del Señor, el lugar donde se plasma la protección y la provisión del Señor.

Recibir el perdón del Señor te mueve a preocuparte por tu iglesia local. Primero, asistir a las reuniones, luego comprometerte a hacer la voluntad de Dios con este grupo de hermanos en este lugar (significado del bautismo), y después buscar todas las maneras posibles de aportar a la iglesia. A mantener la paz y fomentar el amor. A servir para que la dinámica expansiva del testimonio de Cristo lleve la bendición de Dios a otras personas.

Si te quebrantas por el pecado, en Cristo hay pleno perdón.